

el libro del creyente

por Federico Gorbea

No es éste el libro de un esteta,* sino el de quien obedece a su necesidad de aclarar y juzgar una serie de aspectos relacionados con ese complejo verbal que es el poema, con esa fuerza reveladora que es la poesía y su incidencia en la sociedad.

A pesar del tiempo transcurrido desde su escritura original (algunas notas datan de 1913) estas páginas no han perdido, en lo esencial, actualidad. Aún puede agregarse que su lectura revitaliza el interés por la poesía y la cultura literaria, y ordena las dudas con que se enfrentan tanto el poeta como el lector atento en un mundo que se expresa más bien —al menos en lo aparente— a través de sus conflictos.

Alternativamente apasionado, tajante, y por lo tanto polémico, las reflexiones del poeta norteamericano están cargadas asimismo de didactismo. Esta manera, de la que a veces hace ingenuamente un método, lo lleva a crear una cierta preceptiva poética. Tal cosa se manifiesta ya en el primer capítulo, donde al referirse a la composición del poema, establece tres puntos imprescindibles: “a) Tratar la cosa directamente, ya fuese subjetiva u objetiva; b) Prescindir de toda palabra que no contribuya a su presentación; c) En cuanto al ritmo: componer (escribir) siguiendo una secuencia análoga a la de la frase musical y no en una secuencia de metrónomo.”

La modernidad (en el sentido rimbaudiano del término) de estas prescripciones resulta tanto más indiscutible cuanto se profundiza en ellas. En este sentido, es interesante destacar que, según Pound, un poema no es en absoluto la descripción de un estado, sino su *presentación*; es decir, que el lenguaje no sirve como instrumento sino que es un haz de energías que el poeta hace unívocas, revelando entonces su situación.

Cuando señala el imperativo de que el ritmo sea una secuencia análoga a la frase musical, es preciso no interpretarlo literalmente para evaluar justamente su alcance. En la época en que lo escribió, el ritmo, el aspecto musical de la frase, eran cuestiones de debate. En la actualidad, debe ser tomado más bien como una alerta respecto de cierta tendencia de la poesía moderna excesivamente mental, en donde el lenguaje aparece desprovisto de oralidad, de sonido y es tratado en consecuencia. “Que el aprendiz”, escribe, “se llene la cabeza con las mejores cadencias que pueda descubrir, preferiblemente en un idioma extranjero, para que el significado de las palabras tenga menos posibilidades de distraer su atención del movimiento del verso”. Esto es: perci-

bir en los vocablos su virtualidad sonora; saber que el lenguaje escrito es también pronunciación, audición, aunque se haga de él una lectura solitaria. Ni el ritmo debe prevalecer sobre el significado (nunca extenuado, diverso en su mismo sentido) ni viceversa: ambos constituyen la propiedad de la palabra, una totalidad expresiva. Cuando, por el contrario, aquello sucede, el verso o el versículo son mutilados.

Otro interés que suscita *El arte de la poesía* es la pluralidad de sus tópicos, aunque alguno de los cuales son ajenos al lector de lengua española, ya sea por alusiones un tanto eruditas a las literaturas inglesas y anglosajonas antiguas, ya sea por observaciones específicas respecto del sistema y la calidad de la enseñanza de literatura en universidades norteamericanas. Sin embargo, al generalizar, pueden extraerse algunos conceptos que justifican su inclusión en esta edición. Lo que Pound propone para la mejor enseñanza de la literatura es la ineludible referencia a las fuentes, el estudio de los autores considerados clásicos y sobre todo aquellos que son la clave de una estructura literaria determinada: “Cuando estudiamos física no se nos pide que estudiemos las biografías de todos los discípulos de Newton que se interesaran por la ciencia, pero que no lograron ningún descubrimiento.” Los verdaderos creadores deben ser el objeto (y sujeto) de la enseñanza. De esta eventual selección, inevitablemente personal, depende la capacitación del alumno. Para ello, el profesor debe ser lo suficientemente riguroso consigo mismo como para no elegir su “gusto” accidental por un autor o por una moda cualquiera. En este punto, vuelve a señalar el beneficio que trae la confrontación de escritores: no sólo debe tener un valor dentro del ámbito de su lengua, sino que tiene que ser universal. De ahí que insista en la necesidad del estudio de literaturas comparadas. Lo que importa de todo ello, concluye, no es “hacerle leer más libros sino permitirle leer con mayor provecho”. Que la lectura sea, en fin, una opción fundamental.

Como es sabido, la actividad de Pound fue, tal vez continúa siéndolo, polifacética: la poesía, la traducción y versión de poetas de culturas antiguas, y la política, hacen de él una personalidad controvertida, comprometida y fascinante. Su preocupación por definir el lugar de la obra literaria en la sociedad y en el desarrollo de la personalidad, se patentiza al afirmar que “cuando una obra se corrompe —y con ello no quiero decir cuando se expresan pensamientos indecorosos; sino cuando su medio mismo, la esencia misma de su trabajo se torna fangosa e inexacta— la maquinaria entera del pensamiento y el orden social e indivi-

dual se va al demonio...”

Todo depende, así, de la responsabilidad de quienes hacen del lenguaje su destino. La falta de compenetración, la facilidad y la dispersión engendran monstruos: deforman la comunicación entre los hombres (en su sentido profundo) y distorsionan la imagen de la humanidad.

El factor más decisivo de una obra es su precisión, siendo su contrario la verbosidad, la oscuridad (cuando no es el movimiento propio de la *inspiración*) y, como consecuencia, la mentira.

Pero el estrecho vínculo que existe entre poeta y sociedad, no supone una relación de dependencia. El grado de verosimilitud de tal lazo lo da la libertad con que el poeta o escritor se exprese; su fidelidad a sí mismo (cuando es riguroso y ha hecho de ello una actividad vital) es la única garantía de su conciencia social.

Es evidente que la índole de esta última afirmación es estética. Toda moralidad, en arte, no es sino el producto de la imprecisión. La belleza es un complejo, “no el culebreo resbaloso, no la sentimentalización acerca de la belleza... Quiero decir la belleza. No se discute acerca de una brisa primaveral, se fortalece uno cuando la encuentra... El culto a la belleza y la delincuencia de la fealdad no se contraponen”. No hay, así, naturalezas antípodas, sino fases de una totalidad que debe ser percibida, pues, sin prejuicios, pero sin debilidades. El gran arte es el que da testimonio de ello. Tal el “realismo” que se propugna aquí.

Al escribir sobre la crítica y los críticos, y que ellos continúan utilizando (entonces) una terminología anticuada, Pound da un salto y prefigura, aunque de una manera general, algo de lo que hoy se denomina “nueva crítica”: juzgar la obra desde la estructura de su lenguaje, rehuyendo la paráfrasis y la descripción parcial de un texto cuyo carácter, cuando vale, es en definitiva centrípeto.

No está de más repetir que este breve libro (que forma parte de sus *Literary Essays*) es polémico pero escasamente arbitrario. Que este poeta norteamericano sea, más que un especialista en los temas que trata, un *temperamento* que discurre, no excluye su poder analítico ni su capacidad de síntesis. Esa minuciosa obstinación que continuamente aparece entre líneas ha sido bien captada por T. S. Eliot. La originalidad de Pound, escribe el poeta inglés, consiste en haber insistido en que la poesía es un arte que exige la aplicación y el “estudio más arduos; y en haber observado que en nuestra época debe ser un arte consciente en el máximo grado...” Lo que quiere decir un arte en el punto de tensión de la conciencia.

Hay, en *El arte de la poesía*, frases y conceptos de una agudeza y una simplicidad realmente significativas, como cuando leemos que en la línea poética, en el verso, “algo le ha pasado a la inteligencia”.

Erza Pound se muestra en este libro como un hombre cuya fe se robustece ante la impropiedad y sabe desenmascararla, claro está, a veces excediéndose. ¿Cómo no buscar, pues, el libro de un creyente?

* Ezra Loomis Pound: *El arte de la poesía*, México, Joaquín Mortiz, 1970 (Serie del Volador)